

## Nicotina

José Gerardo Montaña Guerrero\*

Habían transcurrido varios minutos, tantos como la cantidad de veces que Brendon cambió de posición en el sofá. Tanto tiempo había pasado que en el cenicero no cabía una colilla más. Lo cierto es que transcurrieron cerca de tres horas, las cuales pasó sentado con los codos sobre sus piernas. Dejando una pierna en el suelo y la otra extendida en el sofá y apoyando su espalda contra el respaldo. Sentándose y extendiendo las piernas, terminaba un cigarrillo y encendía uno nuevo.

Se levantó cuando su cuerpo se entumeció y la ansiedad lo hizo caminar por aquella habitación, de izquierda a derecha. Alrededor de la pequeña mesa de noche; asomándose por la persiana de la ventana, golpeando los muros, mordiéndose los labios, quitándose el saco por el calor que sus agitados movimientos le provocaron.

Aquella imagen de un hombre joven no mayor de treinta años, que agonizaba y arañaba la cajetilla de cigarrillos como si el mundo se fuera a terminar en unos segundos, era la caricaturesca imagen de un hombre joven bien vestido que desajustaba su corbata, que tiraba su elegancia por el drenaje. Él sabía que el ultimátum estaba dado. En menos de seis horas vendrían a buscarlo. Sabía que ya no tenía salida. Incluso estando en un agujero como en el que estaba, hasta en el mismísimo infierno sabrían dónde encontrarlo. Lo sabía tan bien como las dos costillas fracturadas y el brazo luxado de la última vez (y por cortesía) le dejaron los cobradores de aquel casino clandestino.

La angustia se lo comía vivo. Era de noche, y aun cuando apagó un par de veces la luz para ver por la persiana y anticiparse a cualquier intento de incumplir con el plazo, ya fuera porque el dueño del casino se había cansado de esperar o bien sus cobradores hubieran querido terminar con el trabajo lo antes posible. Ya daba lo mismo sí era antes o en el tiempo acordado. Las formalidades ya

**\* Estudiante de Licenciatura en Filosofía en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

**Esa noche no  
hubo alcohol,  
solo nicotina y la  
esperanza de que  
Maddie volvería  
con el dinero  
necesario para  
salvar su cuello.  
Aquella noche de  
navidad no tenía  
amigos que lo  
acompañarán. No  
había un solo rostro  
conocido.**

no valían nada. Era comprensible, era invierno y se pronosticaba la peor tormenta de aquel año.

El ambiente que corría por las calles era intolerable como para trabajar en la madrugada. Esos pensamientos habían mantenido a Brendon con un insomnio mortal, desde hacía ya dos semanas. Esta era su última oportunidad de saldar su deuda. Sin duda, era una parodia patética de aquel joven prometedor que inició su carrera con grandes empresas, hasta que encaminado por sus colegas, terminó en lugares de mala muerte, perdiendo en ocasiones hasta lo que llevaba puesto.

Era un joven astuto, pero no por eso podía burlarse de los trucos sucios de los casinos ilegales. Ellos tenían sus métodos y nunca iban a perder. En cambio Brendon, no soportaba la idea de no poder superarlos, así que seguía apostando, hasta que su deuda se incrementó tanto que no tuvo dinero para pagarla. Así fue como inició su desventura. No solo recibió visitas intimidantes, alguien le hizo llegar el rumor de sus deudas de juego a sus jefes y el joven prometedor lo perdió todo en un sólo instante. Todo lo que lo acompañaba esa noche eran tres cajas de cigarrillos, los cuales se esfumaban como si en lugar de pulmones tuviera tubos de escape. Ese fue el último regalo por un trabajo bien hecho. Sin saber cómo acabaría esa noche, optó por consumirlos todos mientras aún tuviera tiempo para hacerlo.

Esa noche no hubo alcohol, solo nicotina y la esperanza de que Maddie volvería con el dinero necesario para salvar su cuello. Aquella noche de navidad no tenía amigos que lo acompañarán. No había un solo rostro conocido. Todos aquellos que alguna vez se apoyaron en él le dieron la espalda. Lleno de vergüenza y profunda decepción consigo mismo, tomó los pocos centavos que le quedaban y llamó a la única mujer que podría llorarle a Brendon si no pasaba de esa noche.

Tres horas atrás había llamado a Maddie, quien fue su más devota amiga durante su juventud, aquella mujer joven respondió al llamado de un ingrato que la había olvidado por mucho tiempo. Y no es que hubiera sido ella quien se hartó de él y su pésimo carácter, de su pretensión y fanfarronería masculina. Había sido él quien se había encariñado de ella, y ella de él. Él no supo responder al cariño de Maddie, pero aun cuando no supiera hacerlo, Maddie lo habría aceptado de todas maneras. Pero él ahora era un joven distinto. Ya no era un soñador y poeta. Ahora era un arrogante fanfarrón que buscaba en las mujeres una silueta que se esfumaba como

la espuma de los perfumes caros. Pero cuando Maddie respondió la llamada y escuchó llorar al hombre que ella tanto quiso, desmoronándose en el teléfono, no supo que hacer.

—Necesito tu ayuda... —musitó Brendon en el altavoz. Un tono de vergüenza y pena le quebraban la voz.

—¿Dónde estás? —le preguntó ella sin pensarlo demasiado.

Acordaron verse en el viejo hotel que le había pertenecido a la familia de Brendon y que ahora se encontraba abandonado. Así fue como Maddie se reencontró con aquel hombre que tanto amó. Lo vio irreconocible, una figura maltrecha y sofocada por la angustia de su mala fortuna. Ella corrió, lo abrazó y acarició su mejilla. Él sintió vergüenza. Ella lo supo en seguida y más que sentir lastima por él, sintió un alivio profundo, porque sí bien ella presentía que algo malo le ocurría, se sintió tranquila por pasar al menos un momento con él, como antes.

Luego de escuchar con atención la historia de Brendon ella no supo que decir, tan sólo permaneció en silencio en aquella vieja habitación en que él tuvo que vivir mientras pasaba por este infortunio. Ella no contaba con el dinero suficiente para saldar la deuda de Brendon, pero sabía que tal vez podría pedir la ayuda de su padre, si es que todavía recordaba la buena relación que tenía con la familia de Brendon. Quizá habría para su amigo una oportunidad de empezar de cero. Maddie le prometió tratar de volver lo antes posible al viejo hotel. Salió a toda prisa, dejando a un animal acorralado que esperaba su inevitable final.

Maddie volvió a casa de sus padres, pero no encontró a su padre. Había salido a varios encargos esa noche por fiestas sociales en las cuales daría un discurso o haría una aparición. Así que las siguientes horas se dedicó a buscar a su padre sin éxito alguno, pues en cada lugar al que llegaba ya se habían marchado. La angustia de Brendon ahora era compartida por Maddie, pues en todo ese tiempo ya habían transcurrido siete de las doce horas. Y durante ese tiempo recordaba las últimas palabras que le dijo Brendon antes de que ella hiciera el último intento.

—Antes que agradezcerte quiero pedirte que, sí no puedes llegar antes del tiempo convenido, no vuelvas. No quiero exponerte más de lo que ya te he expuesto. Esa gente es mala, y no quiero que te lastimen por mi culpa.

Ella lo miró con pesar. Nuevamente le acarició la mejilla para aliviarle en algo la angustia a su amigo. Le besó la frente y se despidió de él diciendo:

—Estaré de vuelta tan pronto como sea posible.

Maddie pensaba en esto mientras volvía en un taxi al viejo hotel. Desde la planta baja pudo ver que la luz de la habitación donde dejó a Brendon estaba apagada. Tuvo un mal presentimiento. Bajó del auto y corrió a toda prisa. Subió las escaleras tan rápido como pudo y al llegar abrió la puerta de aquella vieja habitación. Una excesiva cantidad de humo salió al abrir la puerta. Vio una sombra creyendo que era él quien se ocultaba en la oscuridad. Pero al encender la luz no vio nada. Sólo un cuarto vacío, un sofá viejo, una mesa de noche y un cenicero repleto de colillas, y bajo el cenicero había un trozo de papel. Al acercarse notó que era el cartón de las cajetillas de cigarro y en ella una pequeña nota escrita con el puño y letra de Brendon.

*Ahora sé que no soy el tipo de hombre que merecías, y si fuera posible quisiera que estuvieras con un hombre que te merezca. No como yo. Alguien que si sea capaz de responder a tu cariño, a tu lealtad y sobre todo al amor que sentías por mí. Porque yo también te amé, pero no con la misma intensidad que merecías. Ahora lo sé. Aunque me arrepiento, sé que estarás bien. Por eso aunque he decidido salir huyendo para distraer a mis perseguidores, no lo hago solo porque sé que me alcanzarían en la estación de trenes y ahí terminarían conmigo, sino para protegerte de mis errores. Eres el ángel que me dio luz antes de que se pague la luz de mi vida.*

**Pero al encender  
la luz no vio nada.  
Sólo un cuarto  
vacío, un sofá viejo,  
una mesa de noche  
y un cenicero  
repleto de colillas,  
y bajo el cenicero  
había un trozo de  
papel.**

Ella comenzó a llorar y casi al mismo instante revisó su reloj, dándose cuenta de que eran las cinco de la mañana, justo el momento en que las luces de la ciudad se apagaron por la tormenta que había sido pronosticada y había caído puntual. Horas después, se dio a conocer la noticia por la radio. Un hombre había sido encontrado colgado debajo de un puente en el centro. En cuanto Maddie lo supo salió a toda prisa, pero la policía tenía acordonada el área. Pudo ver al hombre desde lejos, pero el vapor helado no le permitió ver el rostro. Ella nunca fue llamada por la policía para reconocer el cuerpo de su amigo. Por un instante sintió un poco de alivio, "él talvez sigue vivo" pensó.